

El Último Círculo: Dios

Por Gonzalo Restrepo Jaramillo

Ahora, con temblor reverente, intentamos coronar este ensayo refiriéndonos estremecidos al que Es.

No se trata de una explicación. Dios está por encima de todas las explicaciones posibles. Los mejores filósofos pueden, apenas, señalar la necesidad de su existencia y apuntar sus atributos, en procesos que tienen más de demostraciones ab absurdo que de pruebas directas. En el terreno del puro pensamiento —es decir, prescindiendo de factores religiosos se llega a Dios para no llegar a las tinieblas definitivas. Recuerdo la observación que me hizo alguna vez un docto sacerdote, al comentarle yo la identidad lógica que existe entre los materialistas puros y los deístas. Es preciso, le decía yo, para explicarse el universo y no hundirse en la pesadilla de una serie infinita de causas, llegar a un ser que no tiene causa, o que es causa de sí mismo como dicen los filósofos. Nosotros lo creemos inteligente y personal; los materialistas lo creen material, pero ambos admitimos ese ser inicial. O el Dios espiritual, inteligente e increado, o la materia increada. O pegarse un tiro, comentó el sacerdote.

No trato de agregar pruebas a la existencia de Dios. Es imposible aducir mejores argumentos que los clásicos o dar con alguno no presentado hasta hoy. Las mayores inteligencias de la humanidad se agotaron en la tarea que resumió Santo Tomás, heredero católico del Estagirita. Kant, empeñado en derruir las bases del pensamiento filosófico anterior a su obra, se empeñó en la crítica de la razón pura, en acabar con la demostración de la existencia del Eterno, pero leyes de la

NOTA. — En agosto pasado falleció este ilustre escritor y orientador, vinculado a la U. P. B. por entrañables razones. Perteneció al grupo de Profesores Fundadores y en la Revista y la cátedra fue desvelado guiador de las juventudes bolivarianas. Orador, parlamentario, jurista, economista, escritor, sus servicios fueron grandes para la patria, la cultura y la sociedad. Como homenaje a su memoria reproducimos el último capítulo de su obra "Los Círculos Concéntricos" que es suma fiel de sus creencias.

naturaleza más poderosas que su genio lo obligaron a proclamarla en la razón práctica. Trato, simple y humildemente de colocarme frente a mi propia fe, de fijar mi posición ante el misterio del Dios en quien creo.

Hay dos modos de acercarnos a Dios: con el concepto filosófico o con el religioso.

El filosófico nos lleva a la más tremenda de las abstracciones y nos pone ante un misterio de tal naturaleza que nos ciega. El solo concepto del Acto Puro, sin mutación alguna, inmóvil en su eternidad, dueño de un pensamiento que comprende toda la inteligibilidad posible y carece de todo raciocinio, de toda secuela lógica, de toda deducción porque raciocinar, seguir y deducir sus movimientos, supera nuestra facultad de comprender. Admitimos que Dios es acto puro porque así lo exige la lógica. Si no lo fuera estaría siempre en potencia de algo y toda potencia es imperfección con respecto al acto. Negamos temporalidad al Ser Supremo no sólo porque el discurrir implica cambio y movimiento continuo, sino porque el tiempo es incompatible con la eternidad y ésta es absolutamente necesaria para que Dios no tenga principio. Atribuimos a Dios la infinitud, la omnipotencia, la sabiduría absoluta y naturalmente nuestra débil mentalidad, hija de los fantasmas que robó a la percepción de los sentidos, tiende a considerar esos atributos como distintos los unos de los otros. Es entonces cuando caemos en la cuenta de que estamos humanizando la divinidad y que Dios no es un ente de compartimientos separados sino el Ser Único donde el pensamiento, la sabiduría, el poder, la bondad, la justicia, se juntan e identifican en una unidad tan asombrosa que supera cualquier otro concepto de unidad, porque esa unidad absoluta es también la variedad infinita.

Hablamos de la creación y de manera inconsciente seguimos la narración simbólica de la Biblia, no sólo en la sucesión de los períodos sino en la serie de las criaturas. Tontamente imaginamos a Dios como un maravilloso artesano que produce en su taller galaxias, elementos, animales, fenómenos y leyes naturales. De repente, al reflexionar, vemos el absurdo de esa idea, su contradicción con el concepto de Acto Puro y entonces tenemos que recurrir a la explicación de una creación que en cuanto a ella transcurre en el tiempo pero en cuanto al creador ocurre en la eternidad.

Cuando el discurrir nos arrima a la locura, recordamos las palabras de Patronio al Conde Lucanor en ese compendio de sentido común que son los ejemplos del Infante Don Juan Manuel: "Non es de buen seso el que cuida entender con su entendimiento lo que es sobre todo entendimiento".

El mayor, quizás, de los poetas, Dante Alighieri, que con vívidos colores pintó los dominios de Satanás y las salas del Purgatorio, no intentó siquiera describir la Divinidad. Apenas sí la señala como la fuente suprema de la luz, a pesar de que el poeta es más capaz que el filósofo porque tiene el don de las intuiciones.

El dios de los filósofos es un ser de frialdad absoluta, conocido a través de complicadas especulaciones mentales, seco como el raciocinio, impasible como una cadena de deducciones. Es un Dios que no ha llegado al hombre. El filósofo lo encuentra al final de sus silo-

gismos como el matemático que descubre un teorema. El corazón no interviene en el proceso y lo único que queda claro después de pensativas vigiliias es el convencimiento de algo tan superior, tan distante, tan necesario y tan inefable que es preferible no profundizar en un abismo que sabemos no tiene fondo.

Pero el Dios de los filósofos aparece religiosamente al hombre común, aún dentro del círculo de los salvajes primitivos y manifiesta su existencia con aquellas luces de la razón natural de que habló ayer un Concilio Ecuménico. Ante la presencia de algo que lo supera sobre toda ponderación, el salvaje no recurre al asombro mental de los filósofos sino al terror trémulo, al espanto trascendental que puebla de símbolos demoniacos y horrendas aberraciones los dominios de la prehistoria en pleno salvajismo, si bien la noción de misericordia aparece en muchas religiones primitivas.

Pero ese Dios deformado, incomprendido y transformado por el salvaje presenta ya algunos de los rasgos que han de culminar en el proceso magnífico de la revelación: es un Dios cuyo culto se funda en su comunicación con el hombre. El salvaje ejecuta cruentos sacrificios humanos y rituales obscenos o feroces porque cree que el poder sobrenatural se interesa por sus acciones. Así los mexicanos, en una etapa ya bastante adelantada de su civilización, arrojaban al agua de los zenotes doncellas impolutas para propiciar las divinidades de la lluvia y salvar las cosechas. El rito universal de los sacrificios propiciatorios alcanza en Grecia y Roma la consagración de las costumbres y las leyes.

El motor inmóvil de Aristóteles tiene la frialdad de las cosas mecánicas. Es la explicación necesaria del movimiento, de la infinita serie de las mudanzas y los cambios, la causa que destruye la inercia. Sin ella el mundo sería el reposo definitivo, la antesala de la nada, una especie de cero absoluto metafísico. Pero ese motor inmóvil desarrolla sus actividades en esfera ajena y superior a las angustias de los hombres. En cambio, para el pastorcito de Acadia que ofrecía modestas libaciones a Gea o el general que antes de la batalla ordenaba sacrificar becerros, la idea de la divinidad encierra ya el factor trascendental de una comunicación que interrumpe la gélida cadena de los silogismos y las torpes limitaciones de la materia.

En esas modalidades paganas empezamos a ver a Dios con el criterio religioso. La influencia y los resultados asombrosos de ese criterio es lo que modestamente trataré de esbozar aquí.

Mi exposición no es polémica. Parto de principios aceptados por centenares de millones de hombres, entre los cuales figuran muchas de las inteligencias más brillantes de la humanidad. Para llegar a esa aceptación ellos y yo encontramos pruebas suficientes. Este ensayo es la etapa que sigue a la probanza. Con humildad, con sinceridad y con temor quiero exponer mi posición, como hombre religioso, ante ese Dios que se dignó bajar de sus alturas inaccesibles y hablar a las criaturas en su propio idioma.

Las relaciones del hombre con Dios parten de la revelación. En los símbolos y parábolas con que la Biblia refirió a los israelitas el misterio de la creación, hay una plática directa de Dios con el hombre.

No podía ser de otro modo. Si admitimos los últimos descubrimientos de la paleontología, el primer hombre inteligente, aquél en quien Dios infundió el alma espiritual, con todas sus posibilidades debió ser de mentalidad incipiente, de cerebro exiguo, con cráneo que por más que marcara un enorme adelanto sobre los primates, era apenas esbozo del hombre que pasea su inteligencia, sus virtudes y sus vicios, sus esperanzas y sus desiluciones por la etapa atormentada del siglo XX.

Sin embargo, en ese hombre de las cavernas, desconocedor aún del uso del fuego y de la fabricación de herramientas, existían el conocimiento y el culto del Ser Supremo, el concepto de lo sobrenatural.

El sacerdocio, es decir, la dedicación especial al servicio de lo supraterráneo, al culto de Dios, debió existir desde el comienzo de la humanidad. Cuando centenares de miles de años más tarde aparece Melchisedech, sacerdote de Dios altísimo como lo llama la Biblia, es lógico pensar que no fue el primer sacerdote, sino uno en la línea que se remontaba hasta los orígenes de la especie.

Allá arqueólogos, paleontólogos, geólogos con sus discusiones y muchos de ellos con su empeño de hacer saltar al hombre, directamente, desde el último peldaño de la escala de los grandes simios al trono que ocupa en la tierra. Yo que he admitido razonablemente los fundamentos de mi fe me acojo a ella para formular mi posición ante el misterio de la divinidad.

Hubo desde el principio de la humanidad una familia, una tribu, un pueblo más tarde que guardó fielmente la revelación y creyó en el Dios único. Perdida por la culpa original la iluminación directa que tuvo en el paraíso —yo también creo en el paraíso como en la etapa inicial del hombre inocente— esa raza escogida siguió creyendo en el Altísimo. Pudieron pasar centenares de miles y aún millones de años. Estudiado con criterio materialista el hombre era un proyecto con relación al refinado de nuestros días y aún a los pastores que deambulan por Mesopotamia en los primeros capítulos de la Biblia. Cráneo achatado, piel peluda, barbilla apenas en formación que daba a su cara apariencia de hocico. Todo lo primitivo que se quiera. Pero en ese barro de la tierra estaba ya el soplo de Dios, el alma inmortal, la inteligencia y de tal modo obraron esos dones que como lo dice el Padre Teilhard de Chardin tan pronto como apareció sobre el planeta hizo lo que ninguna otra especie había realizado: empezó a extenderse por todas sus regiones, sin sujeción a climas, desafiando los medios más o puestos y afirmó su soberanía sobre todos los animales. Tigres y leones supieron que había llegado su señor.

Ese hombre adoró a Dios. No se contentó con abrigarse, comer y reproducirse. Sentía una necesidad propia: la del culto.

No sabemos cómo fueron los primeros altares, ni qué liturgia primitiva acompañó las plegarias de la humanidad recién nacida, pero sí que existían altares y liturgia. Y cuando amanece la historia comprobable, el pueblo escogido sacrifica a Jehová y tiene de su poder, de su majestad y de su gloria un concepto mucho más alto y comprensivo que el de los mejores filósofos de Grecia.

Entre tanto, el paganismo había invadido el resto de la tierra. El genio artístico de Grecia pobló bosques y fuentes, mares y volcanes

de alegres divinidades, pero separado de la Hélade por una pequeña porción del Mediterráneo el pueblo de Israel seguía creyendo en el Único y esperando la realización de una promesa formidable.

Aquí encuentro el fenómeno admirable en que Monseñor Fulton J. Sheen radica la diferencia entre paganismo y cristianismo. El paganismo es una marcha del hombre en busca de la divinidad; el cristianismo es el proceso misterioso, milagroso y maravilloso de Dios en marcha hacia los hombres.

Es en esa marcha de arriba hacia abajo, de lo infinito a lo finito, de lo trascendental a lo efímero, donde reside el misterio que circunda la vida cristiana, dándole sentido en contraste con la tiniebla que acosa a los incrédulos atormentándolos con preguntas que no tendrán respuestas.

¡El enigma nos rodea! ¡Es inútil negarlo! Nuestros procesos lógicos alcanzan a probarnos la existencia de Dios, pero fallan ante la pregunta lacerante: ¿Por qué existe Dios? Es la misma que formuló Heidegger en otra forma: ¿Por qué existe el ser y no más bien la nada?

Yo como todo pensador la formulé también. Fue entonces cuando comprendí en toda su claridad la limitación de la inteligencia humana y me acogí al criterio del Infante Don Juan Manuel, porque tuve el seso de comprender que esa pregunta está sobre todo entendimiento humano, y es absurdo pedirle su respuesta a nuestra pequeñez mental. Lo infinito, lo trascendental, lo divino están por encima de las exiguas dimensiones de la inteligencia creada. Al otro lado de la tumba, en la región donde la beatitud nos haga copartícipes de la divinidad como lo dice la Iglesia en el principio del ofertorio, podremos vislumbrar la razón del enigma.

El por qué existe Dios llevó a Pombo, en su “Hora de Tinieblas”, a escribir estrofas que hubieran cabido por su virulencia destructora en las polémicas del libro de Job.

¿Quién te hizo dios? ¿Por qué, di,
cómo, dónde y cuándo vino
privilegio tan leonino
a corresponderte a ti?
¿Por qué no me tocó a mi
ese poder de poderes?
¡Ay! siendo lo que tú eres
no fuera el mundo cual es,
o aplastara con mis pies
tan triste enjambre de seres.

Es cierto que tan atrevidos interrogantes no pueden surgir sino en la verdadera “Hora de Tinieblas”, cuando el alma atormentada por el dolor metafísico que supera todos los demás abandona la humildad de sus limitaciones e intenta arrancar a la esfinge de lo ultraterreno el secreto imposible; pero es también indudable que el afán de conocer, el tremendo apetito que despierta en el alma el fruto del bien y del mal plantea para toda inteligencia cultivada el horrible enigma: por qué existe Dios.

Al formularnos ese interrogante no nos queda, lógicamente hablando, sino una de estas dos soluciones: o rebelarnos blasfemamente

contra ese ser que tiene el privilegio inaudito de existir por sí mismo, o buscar en los caminos de su misericordia una posición que reconcilie nuestra angustia con su felicidad imperturbable.

Preguntarnos por qué existe Dios es natural, desde el momento en que empezamos el proceso de interrogaciones y respuestas que aclaran nuestra posición en el mundo, pero con ese interrogante sucede lo mismo que con el estudio de las causas, que nos lleva al ser incausado, aquél que cierra por su existencia misma el proceso de causalidad que vemos como verdad indiscutible en los seres creados. Cuando decimos que todo lo contingente requiere una causa, afirmamos virtualmente que por encima de los seres contingentes existe el ser necesario y que ese sí no tiene causa. Admitimos que todas las preguntas podrán contestarse algún día, aquí o en otro mundo, menos la final: ¿por qué existe Dios? Pero no por eso quedamos en inferioridad de pensamiento con los materialistas, porque éstos se ven obligados a formularse la misma pregunta para llegar al mismo enigma: ¿por qué existe la materia eterna?

En años pasados me detuve ante el misterio y me entregué en brazos de la fe, sin intentar siquiera conocer por qué la pregunta es incontestable. Ya en los umbrales de la muerte me doy mejor cuenta del problema. La causa de Dios es Dios mismo y contestar adecuadamente sería comprender la divinidad, con un conocimiento tal que sólo Dios puede poseerlo. Quizás con ese conocimiento fue con lo que Satanás tentó a nuestros primeros padres, haciéndoles creer que serían iguales a Yahvé. Sin embargo, cuando la filosofía ortodoxa afirma que la esencia de Dios es existir, no nos da la respuesta pero sí una vislumbre, situada a distancia infinita de la verdad. Porque si la esencia de Dios es existir, un pensamiento domina mi filosofía: la nada es absurda. Es algo que se me impone como verdad y no puedo probar por raciocinios. A Heidegger le contesto: el ser existe más bien que la nada porque ésta es absurda.

¿Por qué? Porque si no lo fuera nada existiría. Hablando en términos que quizás pongan de punta los cabellos a un filósofo, me atrevo a decir que la nada es mucho más fácil que el ser; luego si algo existe es porque la nada es absurda. El ser obedece a una necesidad intrínseca que no comprendemos y por eso existe Dios.

Pensar en la nada absoluta, es algo escalofriante. Si no hubiera Dios ni ser alguno... ¡Eso sería el horror de los horrores, infinitamente lóbrego porque nadie podría sentirlo. No habría ser, ni tinieblas, ni caos. El cero ontológico!

Para defenderme de las dos pesadillas: la negación atea o el pensamiento de un ser Acto Puro ajeno al hombre, mudo e impasible en la contemplación eterna de su infinita perfección, tengo la fe que me infundieron mis mayores, que la reflexión consolidó y que es en el fondo y sin lugar a dudas un don de ese Dios que no es impasible, ni soberbio, ni cruel; cuento con la religión que responde a mi angustia y abre para mí el último círculo concéntrico, aquél que todo lo encierra, todo lo explica y todo lo valora.

Hay un grupo de intelectuales, en general de poco calado, que se ríe del creyente y llama supersticiones lo que se cree de tejas para

arriba, es decir, lo perteneciente al reino sobrenatural. Su característica esencial es la suficiencia, mejor dicho la presunción. Son petimetres del espíritu, ataviados con oropeles de ciencia y alamares de conocimiento, tan deslumbrantes y vanos como los que adornan a sus congéneres sociales en los salones de la cortesana de moda o las peinadas gramas de Longshamp. Sus tutores mentales inventaron para ellos el calificativo de espíritus fuertes. Son herederos de Voltaire, con su sarcasmo pero sin su talento. La fortaleza de su espíritu consiste en rechazar los dogmas religiosos y aceptar los científicos, casi siempre sin conocerlos ni estudiarlos. Creen en la Ciencia con mayúscula y detestan la religión con minúscula. Por cierto que en los grandes trastornos sociales suelen ser sus cabezas las primeras que cortan los revolucionarios, porque antes de los titanes de la selva acostumbran los leñadores cortar malezas.

En cambio existe otra categoría de agnósticos respetuosos de las creencias del prójimo. Sabios de verdad, su sabiduría los lleva a comprender tanto lo mucho que ignoran como la imposibilidad de contestar con la razón a todos los interrogantes. Para ellos, el misterio religioso en que creemos es hermano del científico que encuentran: son los dos muros que limitan las actividades de la razón. Con ellos podemos dialogar.

Del petimetre religioso me he reído siempre, como me río del anticlerical barato que aborrece a los curas por ser curas y a los Hermanos de las Escuelas Cristianas por ser semicuras. Al hombre respetuoso yo también lo respeto y lo considero caminante en busca de una verdad que aún no ha encontrado. Está fuera de Dios pero no contra Dios.

Desde muy pequeño acepté la existencia de Dios por fe en mis padres; más tarde por fe en mi religión. Debo manifestar en que consiste esa fe.

No es una aceptación caprichosa e infundada del dogma: es un acto razonable, razonado y meditado de la inteligencia, pero es un acto que requiere la ayuda sobrenatural de la gracia.

La religión ocupa sitio trascendental en mi existencia, porque comprende los valores definitivos y porque fija mi posición en el mundo, con el mundo y ante el mundo. Con ella, siguiendo la expresión de Heidegger, vivo con las cosas en el mundo. Ella, con Dios como última causa y suprema razón, cierra los círculos de mi vida y los concentra todos.

Como no estoy escribiendo un tratado de apologética, parto del principio de que con millones y millones de estudiosos, encontré válidos los argumentos en pro de mis creencias. Cuando me hablan de la diosa Razón, esa compañera del hombre elevada a los altares de una divinidad que no le corresponde por quienes pretendían derogar a Dios, me limito a quitarle la mayúscula y a decir humildemente: mi religión es también la de la razón en cuanto la razón me sirve para aceptarla; para lo que no me sirve la razón es para endiosarse a sí misma. La religión no resuelve con evidencia todos los misterios ni contesta todas las preguntas. La limitación de la inteligencia humana fija linderos a lo que podemos comprender y marca el punto donde empiezan las cosas

que están sobre todo entendimiento. Esto ocurre también en el dominio de las ciencias naturales, que pueden conocer los fenómenos y sus leyes pero no logran decirnos el por qué de esas leyes. El misterio nos rodea desde el principio de las cosas, porque el mayor de todos es la existencia misma. El grito de Heidegger nos perseguirá siempre como la pregunta de la suprema ansiedad: ¿Por qué existe el ser y no más bien la nada?

Mi religión no sólo resuelve los problemas de la conciencia, en cuanto fija normas de conducta, sino que marca también mi sistema cósmico, porque explica mi posición con las cosas en el mundo.

El catolicismo, nacido de las primeras revelaciones e hijo de la religión de Israel, el judaísmo, cuya culminación suprema realiza Cristo, cumple la aproximación carismática de Dios al hombre de que nos habla Monseñor Sheen.

Vivimos en un siglo que cifra su orgullo en la rebeldía; rebeldía contra los principios generalmente aceptados, contra los padres, contra las tradiciones, contra el ayer, contra el hoy mismo, sin rebelarse contra el futuro por imposibilidad metafísica, aún cuando sí protesta contra todo futuro que no se acomode a su modo de ver. Esa actitud de rebeldía explica por qué lo que más hiere a los intelectuales que no lo comparten del catolicismo es el sometimiento a la autoridad infalible de la Iglesia. Eso les parece deprimente, incompatible con la dignidad humana.

Sin entrar en los dominios de la apologética, y simplemente para mostrar cómo ese sometimiento no es anormal ni excepcional, me limito a una observación que tiene apenas el poder de los argumentos por analogía, y consiste en recordar que prácticamente toda organización social está montada sobre decisiones infalibles e irrevocables. Dentro de las democracias se establece un tribunal, generalmente la Corte Suprema de Justicia, que, además de sus funciones normales de juzgamiento ejerce la de declarar en última instancia, es decir sin apelación posible, si una ley, una decisión, un acto se acomodan o no a la constitución del país. Cuando la Corte habla se acaba la discusión. Aún en los simples deportes se requiere un árbitro que decida las controversias. Aunque ni la Corte ni el árbitro son declarados infalibles, en la práctica sus facultades equivalen a la infalibilidad, sobre todo en los países anglosajones donde las sentencias de los tribunales forman una jurisprudencia, más obligatoria que el texto mismo de las leyes.

¿Sería lógico que al fundar Cristo la más grande de las instituciones, su Iglesia, la abandonara al tornadizo divagar de los hombres? No.

Su Vicario, el Papa, y su privilegio, la infalibilidad dogmática, son los muros que guardan intacta su Iglesia y preservan la unidad del cuerpo místico.

En el nombre del Padre que hizo toda cosa,
Et de don Ihesuchristo, fijo de la Gloriosa,
Et del Spíritu Sancto, que equal d'ellos posa
..... quiero fer una prosa.

Como mi ilustre homónimo Gonzalo de Berceo, dulce narrador poético que en la alborada del castellano dedicó su ingenio a ganarse un vaso de bon vino refiriendo vidas de santos en román paladino, qual suele el pueblo hablar a su vecino, empiezo esta última jornada de mis círculos invocando a la Santísima Trinidad, pues nada más propio para escribir sobre misterios que pedir la protección del Dios trino y uno, cuya unidad de esencia y trinidad de personas constituye por sí misma un misterio de magnitud imponderable, superior a las luces y deducciones de la razón natural y accesible únicamente por vía de la revelación.

Voluntaria o involuntariamente, el hombre, aún cuando no crea en él, tiende a Dios. El materialista ansía confundirse con el conjunto de la naturaleza, o sea hundirse en ese dios materia que constituye su explicación del universo; el semidiós griego era una etapa del pensamiento helénico en su camino hacia la divinidad; el panteísta se ahorra la jornada considerándose parte del dios universal; el aniquilamiento del nirvana, considerado por los hindúes como el supremo descanso, más que una destrucción de la persona es, en el fondo, su trasposición a Dios. La lucha de los titanes para escalar el Olimpo es apenas un episodio de esa peregrinación misteriosa de los hombres hacia el ser supremo. Amarrado a su roca y devoradas las entrañas por el buitre famélico, Prometeo no paga en la leyenda el robo del fuego material, sino quizás el haber pretendido apoderarse de una chispa de la divinidad.

En nosotros, los cristianos, el proceso, como lo dice Monseñor Sheen, se invierte. Es Dios quien viene a nosotros y esta marcha culmina en el misterio asombroso de la Encarnación, el mayor de todos los que informan el cristianismo, pues los demás de la vida y la muerte de Cristo, arrancan del instante en que el Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros.

¿En qué consiste el misterio? No en el hecho físico. Para quien admita la omnipotencia creadora de Dios, no hay problema alguno en la substitución milagrosa del acto biológico de la concepción por un sistema distinto del ayuntamiento normal. Quien puede sacar seres de la nada, también puede producir un hombre en las entrañas de una virgen. El misterio consiste en la decisión de Dios. ¿Cómo es posible que el Acto Puro, el Ser Supremo, el Impasible, el eterno se acoja voluntariamente a la mutación, la obediencia, la pasión, el tiempo? ¿Y cómo es posible que lo haga en beneficio de una criatura, ese juguete ontológico que puede aniquilar, o condenar, o perdonar con sólo quererlo?

¿Cuál es la razón profunda de la redención? ¿Cuál el vínculo misterioso entre Dios y su criatura?

Vínculo misterioso. No empleo una expresión literaria sino que doy a la palabra **misterioso** su significado real: lo que es un misterio, aquello que no entendemos porque supera nuestra capacidad de entender.

Ni la filosofía, ni la teología, ni meditación alguna pueden contestarnos adecuadamente la pregunta: ¿Por qué encarnó Dios? ¿Qué motivó la Redención? ¿Qué calidad tiene el hombre, la criatura mínima, que mueve la compasión de su Creador hasta llevarlo al sufrimiento voluntariamente aceptado, al dolor, la angustia, metafísicamente incompatibles con la esencia divina, tan incompatibles que para experi-

mentarlos es preciso que la naturaleza divina adquiriera también naturaleza humana?

Temblando de temor reverente nos atrevemos aquí a expresar algunos pensamientos que sin revelarnos el misterio sirvan quizás para mostrarnos el principio de un proceso que sólo conoceremos al otro lado de la muerte.

La relación de las creaturas con Dios es algo tan evidente —en el terreno de lo que pudiéramos llamar las evidencias por intuición— que el hombre ha tratado de explicarlas por medio del panteísmo.

El panteísmo comete el error inicial de equiparar a la creatura con Dios, con lo cual o rebaja hasta profundidades imposibles la perfección, el poder y los demás atributos de la divinidad, o exalta, también de manera absurda e inaceptable, la condición de la creatura. Parte del Dios universal, diluido en todo el universo, o emanación de la substancia divina, el hombre, dentro de esa tesis es Dios. El panteísmo es, así, la última etapa en el proceso de la marcha del hombre hacia Dios de que nos habla Monseñor Sheen.

El panteísmo, sin embargo, no es caprichoso porque obedece a algo muy íntimo en el hombre: es una desviación del instinto, llamémoslo así, que nos empuja a salvar el abismo formidable entre el hombre y la divinidad. Ese instinto produce resultados contradictorios: en el místico, el éxtasis contemplativo, el instante maravilloso en que el hombre se sumerge liberado temporalmente de las amarras de la carne, en la visión del Señor; en el materialista la negación de todo lo divino, precisamente por la imposibilidad de cumplir el impulso divinizador. En la impotencia para alcanzarlo, el materialista niega lo perfecto.

Los simples cristianos encontramos un término medio, un punto de equilibrio asombrosamente expresado por San Pablo.

Al presentarse ante el Areópago el Apóstol de las Gentes que fue también el primero de los teólogos cristianos, pronunció un sermón que se distingue mucho de sus epístolas porque fue compuesto para hombres muy versados en temas filosóficos pero sin los fundamentos de la fe que profesaban los judíos. El sermón no sólo de hondo valor místico sino también habilísimo desde el punto de vista puramente humano, toma como tema la inscripción al Dios no conocido que Pablo de Tarso encontró en Atenas, camino del Areópago. Jesucristo es ese Dios no conocido y como tal lo anuncia a los refinados areopagitas. Usa allí una frase que no habría entendido la mayoría de los gentiles, pero que era especialmente adecuada para aquella asamblea de griegos, familiarizados con la más alta cultura y la más fina filosofía de la antigüedad: Hablando de Dios dice San Pablo: “Dentro de El vivimos, nos movemos y existimos”. Y citando a los profetas, agrega: “Somos del linaje del mismo Dios” (Los Hechos XVII - 28).

San Pablo no usaba expresiones de semejante amplitud como recurso literario: ellas eran su mensaje, el del hombre que fue elevado al tercer cielo y oyó palabras que no es dado comprender a los comunes mortales. Pablo de Tarso —no supo si dentro del cuerpo o fuera del cuerpo— se asomó en vida al misterio de la eternidad y recibió lo que él mismo llama la altura de las revelaciones (Epístola II a los Corintios, Cap. XII - 1 a 4).

Dentro de Dios vivimos, nos movemos y existimos. Dentro de Dios, no fuera de El. No estamos como las figurillas que tornea el alfarero colocadas en estantes frente a él, sino dentro de ese artesano maravilloso que es el Creador, y somos de su linaje. Esta última frase puede referirse a la filiación humana de Jesucristo, pero puede tener y en mi humilde concepto, tiene otro significado. Somos del linaje no de Cristo únicamente sino también de Dios, es decir con independencia de la Encarnación. Esta idea nos la confirma la costumbre de San Pablo que, insistiendo en la divinidad de Jesucristo, mantiene celosa y repetidamente su distinción con el Padre, como si quisiera mostrarnos siempre la diferencia entre el Acto Puro y la actuación en el tiempo de su Hijo humanado.

No somos Dios, somos creaturas, pero vivimos dentro del Creador. Nuestra fe no es el panteísmo sino la unión mística con el Ser Supremo porque somos manifestaciones de su poder; somos de su linaje porque nuestra existencia tiene su origen, su explicación y su sustentación en el poder infinito de la divinidad. Retirada de nosotros esa participación constante del padre celestial retornaríamos a la nada. Por eso vivimos dentro de Dios, por eso dentro de El nos movemos, por eso dentro de El existimos. Dios nos ama como a su propia obra, como a creaturas que muestran y representan su poder. Somos —todos los seres creados, desde la galaxia hasta el hombre— la realización de su **paternidad**. Y es tal su amor paternal que lo lleva desde la altura inaccesible de su majestad hasta la cumbre ensangrentada del Calvario.

Vivo en el mundo. Me asaltan sin descanso las debilidades de la carne, la concupiscencia y el orgullo. Rondan mi vida, como lobos hambrientos los siete pecados capitales y en la noche oscura del alma me enfoca con sus pupilas fosforescentes que tienen brillo de desesperación el fantasma de la duda. Mi inteligencia quiere rebelarse contra sus propios límites. Los interrogantes sin respuesta me inducen a las supremas negaciones. La materia me habla con su presencia inexorable y me halaga con sus tentaciones que comprenden desde el placer sensible hasta el anhelo de hundirme en la nada, como en el nirvana que lo resuelve todo.

Pero cuando el vértigo amenaza marearme, cuando la boca del abismo sonríe como una cortesana arrebatadamente bella, las fuerzas de combate que sembraron en mí las manos de mi madre acuden al rescate, y el círculo de Dios se abre con proporciones de infinito para acoger y redimir mi angustia.

Señor mío y Dios mío, grito como Tomás ante el prodigio del corazón, las manos y los pies llagados. ¡Señor mío y Dios mío! Acuérdate que vivo en tí, y en tí existo. Acuérdate que me amas, y que el viaje misterioso desde tu plenitud hasta la cuna de Belén, desde el Acto Puro hasta el hombre miserable es el recorrido de tu amor dentro de tu propia divinidad. Mira, Yahvé, que soy por ti y en ti. Que lo único que claramente comprendo de ti es que eres incomprendible pero que dentro de mi ignorancia te amo como a la cima de toda verdad, de toda perfección, de todo amor. Mira, Jehová, que el cansancio fatiga mis músculos, que la jornada toca a su término y que siento ya en mi cara el sople del misterio.

¿No ves, Señor, que para atreverme a ti con mis plegarias me olvido de toda filosofía y te busco, niño, sollozante y débil en el pesebre? ¿No oyes cómo te imploro, no con mis labios pecadores sino con los purísimos de María, aquélla que estaba en ti antes de que pusieras cerco al mar, y levantaras los montes, y sustentaras los cielos? ¿No ves que por encima de los más sutiles razonamientos, de los más severos silogismos, de Aristóteles y de Tomás de Aquino, de San Agustín y de Kant, de Carlos Marx y de Vicente de Paúl, creo en tu sangre redentora, y en tu naturaleza humana que me permite acercarme trémulo a tu esencia divina? Recuerda, oh Inefable, que para alentar mis desfallecimientos exclamaste una noche, sudoroso de sangre y transido de una angustia que supera todas las del hombre: ¡Señor, aparta de mí este cáliz!

En ti, Señor, busco y encuentro el resumen, la síntesis, la clave que anhelamos todos los pensadores. Mi existencia, mi familia, mi patria, mi mundo, mi universo, mis dolores y mis alegrías, mis conocimientos y mis ignorancias, mi amor y mi dolor, mi angustia ante la muerte y mi anhelo de eternidad se centran en tí, en tu existencia que es tu esencia y da razón de vivir, de moverse y de existir a este pávido heredero de Job que es tu siervo.